

el mito de lo femenino

I La lucha contra el anacronismo

El tiempo de las sufragistas, vestidas con atuendos femeninos sin gracia, portando sus letreros y pancartas en silenciosas manifestaciones, ha pasado. Y hemos dado el salto de la moda de lo femenino —expresión de lo delicado— a la moda de la mujer —expresión de lo sexual—, por virtud de estas viriles pero activas luchadoras contra la discriminación entre hombre y mujer en nuestras sociedades contemporáneas: su intención ha derivado a otro plano. La mujer estuvo en estos últimos años —y todavía sigue en buena parte— en un nuevo pedestal erótico que la hacía figurar en las primeras portadas de las revistas o de los anuncios.

Las sufragistas eran todavía demasiado deudoras de un complejo de inferioridad, y por eso fracasaron en buena parte, saliendo el tiro hacia un campo inesperado: el de lo sexual. Querían imitar demasiado al hombre y sus hábitos, para que su actitud revelase la independencia que, de palabra, predicaban para la mujer: querían hacerla igual que el hombre, imitándole demasiado servilmente, sin pensar si el hombre de entonces merecía la pena de ser tan imitado, y esa desacertada imitación no convenció suficientemente a las mujeres de entonces y de ahora. La idealización de lo femenino condujo —y es un paso sin duda, por más defectuoso que creamos el resultado— al dominio del eros. De lo abstracto femenino hemos pasado al atractivo de la mujer concreta, y esto ya es algo, aunque sea insuficiente. En medio de este camino hemos dado, indudablemente, grandes pasos hacia adelante: todo el mundo habla ahora —aunque no lo realice del todo— de los derechos iguales de la mujer o de su necesaria participación política, social y profesional.

El viraje de la psicología

Todos —hombres y mujeres— debíamos plantearnos con mayor agudeza la necesidad de analizar bien seriamente lo que sea el hombre y la mujer. Porque muchos antropólogos, sociólogos y psicólogos empezaban a vislumbrar que la mayoría de las cualidades atribuidas al hombre y a la mujer no son cualidades permanentes y específicas, sino producto más bien de las condiciones económicas, sociales y culturales de nuestras sociedades modernas e incluso de toda nuestra civilización occidental.

Recuerdo todavía hace treinta y cinco años las listas que los psicólogos experimentales presentaban de cualidades femeninas y masculinas. Los idiomas y la artesanía eran privativos de la mujer; la gramática, las matemáticas y las ciencias humanas eran cosa de hombres. La pasividad, la belleza, la conservación, el cuidado, la emotividad, la comprensión, la nutrición constituyeron también lo femenino por ex-

celencia. Pero hoy podemos preguntarnos, con un poco más de experiencia y perspicacia, ¿a qué se deben esas diferencias?, ¿a la esencia de lo femenino o las condiciones culturales que han fomentado en ella esas cualidades, como podía haber desarrollado otras si las circunstancias sociales las hubieran favorecido? Son muchos los especialistas —sobre todo feministas— los que han dado el vuelco a nuestros puntos de vista estudiando, entre otras cosas, esas sociedades primitivas donde, lógicamente, se hubieran descubierto más limpiamente esas pretendidas cualidades «esenciales» femeninas; y no ha sido así. Estamos saliendo de la época en que todo se cifraba en que «la debilidad del hombre era la fuerza de la mujer», como decía Voltaire. O de uno de los siete sabios de Grecia —Bion—, que resumía su filosofía de lo femenino así: «La gloria de la mujer es su belleza, y la del hombre, su fuerza». Y en el libro sagrado hindú «Mahabharata» se resume así la psicología de uno y otro: «La vida del hombre es la ambición; la vida de la mujer es el hombre».

Las cosas, sin embargo, todavía no están claras —desgraciadamente— en la mente de algunos investigadores y ensayistas. Lo que sí es cierto es que todos —sea cual sea su postura— defienden la igual dignidad y categoría de la mujer y del hombre, aunque los supongan —quizá equivocadamente— muy distintos.

Superación del antifeminismo

El doctor Marañón, en sus mejores trabajos biológicos, adoptó una postu-

ra que es todavía la más frecuente. Según él, hay una diferencia biológica y anatómica en el hombre y en la mujer que producen una diferencia psicológica indubitable e insuperable en él y en ella: «Diferencia infranqueable —dice—...; diferencia que emerge a la superficie en la anatomía de cada hombre y de cada mujer, y que profundiza hasta lo más hondo, hasta las raíces oscuras de la vida, hasta el hogar de las células en que se elabora, como en un crisol, la vida vegetativa» (G. Marañón, «Ensayos sobre la vida sexual», Editorial Espasa-Calpe). El —y los muchos que le siguen— ha superado las extravagancias antifeministas de Schopenhauer —el atrabillado filósofo germano— o las de Nietzsche, el patológico pensador promotor del «machismo»; o de Weininger, con su elegante masculinismo. «La fórmula de la inferioridad de la mujer —según Marañón— se debe cambiar por esta otra: no son los dos sexos inferiores ni superiores uno al otro; son, simplemente, distintos». Es la teoría de la igualdad en dignidad, pero también de su necesaria complementariedad. Son esencialmente iguales, pero de cualidades complementarias. Sin duda este es ya un gran paso. Con él hemos superado el escalón de los dos niveles tradicionales, en los que se ponía al hombre y a la mujer: el más alto para el hombre y el más inferior para la mujer.

El mundo de la Biblia

En el mundo semita la mujer era considerada —como en todos los paí-

ses orientales de entonces— como un ser inferior al hombre. Incluso en la Biblia, que revela un mayor respeto a lo femenino que las culturas vecinas, se sigue viendo claramente adoptar el criterio de la inferioridad femenina como actitud y costumbre de la época. El hombre —si no perjudica a lo que es propiedad de otro— no es nunca adúltero; la mujer siempre lo es, aunque no cometa ningún perjuicio. El casado que se une sexualmente con una mujer no casada no es adúltero; la casada que tiene relaciones sexuales con un soltero, sí lo es. Judá no peca por tener trato sexual con Tamar —ignorando que es la viuda de su hijo—, porque el varón podía permitirse este desahago sexual prohibido siempre a la mujer. Jacob tiene dos esposas y dos concubinas —a pesar de ser un hombre ejemplar—, y Abraham tiene esposa y concubina, siendo el patriarca modelo de creyentes.

Incluso en San Pablo vemos un panorama cultural bien poco feminista: en el matrimonio depende ella siempre del marido; en el templo debe llevar un velo en señal de sumisión; en la iglesia no debe hablar la mujer; debe estar sumisa y silenciosa; sólo al hombre se le permite intervenir. Aunque, sin embargo, en teoría da San Pablo un gran salto, negando toda diferencia discriminatoria desde el punto de vista de la fe entre esclavo y amo, gentil o judío, hombre o mujer. «Ya no hay —dice el apóstol— judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, ya que todos son uno en Jesús» (Gál. III, 28). Pero durante muchos siglos la Iglesia no es valiente para sacar todas las consecuencias de estas ideas, y así la esclavitud se mantuvo siglo tras siglo de hecho, así como el papel inferior de la mujer en la sociedad. Sólo al llegar a la época contemporánea se empezaron a superar de verdad esos escalones de categoría humana.

Todavía el más famoso escritor eclesiástico latino después de San Agustín, San Ambrosio de Milán, decía: «Puesto que la mujer condujo al hombre al pecado, es justo que reciba al hombre como la esclava al soberano». Y por eso durante tanto tiempo se justificó religiosamente lo que sólo era una injusta situación social proveniente de una sociedad patriarcal. No es extraño, según eso, que un obispo francés, en el Concilio de Mâcon se levantara para dudar, en el siglo VI, de si la mujer podía ser considerada como un ser humano, como lo cuenta criticándole San Gregorio de Tours.

La mujer, hasta este siglo, ha sido considerada por muchos eclesiásticos como un instrumento de procreación al servicio del hombre, o como un leitívito para su fatigado esfuerzo de trabajo en la vida. Era así considerada como el legítimo «reposo del guerrero», como dice Christiane de Rochefort en su novela del mismo nombre. Era lo que pedía Nietzsche: «Sea la mujer un juguete puro y fino, igual a piedras preciosas, radiante de virtudes de un mundo que aún no existe» (Así habló Zaratustra). O lo que este mismo pensador en «Humano, demasiado humano» expresaba: «En el hombre, la victoria es la regla, mientras en la mujer es la excepción». Por eso el pensamiento ideal que perduró en nuestra civilización occidental hasta hace poco era, más o menos, que «las mujeres hasta el presente han sido tratadas por los hombres como pájaros



Cristabel Pankhurst, que con su madre fue una de las pioneras del sufragismo en la Gran Bretaña.

que se han perdido entre ellos: son una cosa delicada, frágil, salvaje, extraña, dulce, encantadora, pero también algo que es preciso poner en una jaula para que no vuele» («Más allá del bien y del mal», Nietzsche).

Otro paso más

Sin embargo —ese es el ejemplo del famoso psiquiatra Anthony Storr—, se llegan ya a superar en el pensamiento actual esos factores diferenciadores, y de una manera más amplia que lo hacen Merañón y sus seguidores, que todavía ven demasiado marcadas en la estructura básica del ser humano las divergencias entre hombre y mujer. Se vislumbran ya otras situaciones sociales futuras de una más profunda igualdad, o quizá de diferenciación entre hombre y mujer, pero con distintas cualidades de las actuales y de las que se han llamado diferencias esenciales y permanentes. «La autoridad y una sombra de rudeza en el hombre —dice Storr— despiertan admiración, mientras que si las mismas cualidades se manifiestan en una mujer, son generalmente lamentadas como poco femeninas. Se ha afirmado con frecuencia que tanto esta como otras diferencias psicológicas entre los hombres y mujeres son el producto de la cultura y de la tradición, y que no reflejan una desemejanza biológica. Y es verdad que los hombres poseen una capacidad tan acentuada para encajar en cualquier papel que se espere de ellos, que las diferencias básicas se oscurecen fácilmente con la adopción imitativa de cualesquiera modelos familiares que les hayan sido inculcados en la primera infancia» (A. Storr, «La agresividad humana», Alianza Editorial).

el mismo fundamento» («Defensa de las mujeres», Teatro Crítico). Y luego afirma también otro hecho histórico: «Es notoriedad de hecho que hubo mujeres que supieron gobernar y ordenar comunidades religiosas, y aun mujeres que supieron ordenar y gobernar repúblicas enteras» (o. c.). Pero esta defensa era entonces —como lo ha sido hasta hace poco— arriesgada, porque «defender a todas las mujeres viene a ser lo mismo que ofender a todos los hombres... y tanto se ha extendido la opinión común en villipendio de las mujeres, que apenas se admite en ellas cosa buena: en lo moral las llenan de defectos, y en lo físico, de imperfecciones, pero donde más fuerza se hace es en la limitación de sus entendimiento» (B. Feijoo, O. E. B. Teatro Crítico). Es lo mismo que se ha repetido machaconamente hasta nuestros días. Y si es en lo religioso, yo he asistido hace unos años a unos ejercicios espirituales donde se nos decía en serio —no en broma, ni mucho menos— que la mujer era el instrumento del diablo, y que debíamos apartarnos de ella como de la quema, pues peligraba nuestro espíritu y nuestro cristianismo. Después de casi tres siglos, era la misma actitud que conoció Feijoo: «Los médicos de las almas, los sacerdotes, declaman contra las mujeres como los médicos de los cuerpos contra las frutas». Sin duda, unos y otros —médicos de cuerpo o de espíritu— estaban equivocados.

La ambivalencia eclesiástica

En estos últimos tiempos, el panorama cambió: la mujer era ahora colocada en un pedestal, pero esta cum-

bre la aislaba y la impedía el verdadero desarrollo. Una socióloga católica americana, Mary Daly, dice, con razón: «En la enseñanza católica se ha prolongado el punto de vista tradicional acerca de la mujer que, al mismo tiempo, la idealiza y la humilla... (esto es producto de una), inexcusable hipocresía de una especie de propaganda eclesiástica que pretende poner a la mujer en el pedestal, pero que en realidad le impide un genuino autodesarrollo, así como una activa y adulta participación en la sociedad» («The Church and the Second Sex»). La Iglesia ha estado organizada por los hombres hasta hace bien poco, y aún sigue todavía: «El cristianismo organizado está dominado por los hombres... y, ¿cómo explicar la posición subordinada de la mujer en la religión organizada excepto como un fenómeno histórico-cultural que persiste en el día de hoy? No existe ninguna prueba científica de que la mujer sea psicológica o intelectualmente inferior al hombre, como tampoco se puede probar que las mujeres sean innatamente más morales o religiosas que los hombres... Las religiosas católicas empiezan a acusar que han sido víctimas de la "mística masculina" en la Iglesia, siendo relegadas a un papel secundario de oyentes pasivos, que no se les permite responsabilidad de mando ni iniciativa personal. La hermana Mary Elen Traxler sugiere que el amplio éxodo de mujeres que salen de la vida religiosa es preferentemente debido a la dominación que las monjas han sufrido por parte de los dirigentes eclesiásticos masculinos... Incluso cuando las mujeres fueron al final invitadas a las deliberaciones del Vaticano II se les dijo claramente que era para observar, pero no para ser oídas»

(Fichter, S. J., «¿Por qué las mujeres son más santas que los hombres?», Commonwealth, 15 de mayo de 1970).

Todavía Pío XII deseaba que la mujer estuviera en casa, dedicada a sus faenas del hogar. Si bien concedía —por primera vez en la historia eclesiástica, pues otros Papas se opusieron a ello— que tuviera una actividad profesional, cívica y social. «En otras edades —dice en 1952—, el influjo de la mujer se restringía a la casa y en torno a la casa, pero en nuestros tiempos se extiende —quién sabe o no, recalca el Papa con realismo, pero también con nostalgia— a un campo cada día más vasto: la vida social y pública, los parlamentos, los tribunales, el periodismo, las profesiones, el mundo del trabajo». En cambio Juan XXIII, con su abierto optimismo hacia el futuro, reaccionó de muy distinta manera. Lo que en Pío XII fue tolerancia, en él fue plena aceptación, incluso observando que «un hecho de todos conocido, el ingreso de la mujer en la vida pública, se hace de una manera más acentuada acaso en los pueblos que profesan la fe cristiana que en países de civilización y tradición distintas donde se hace más lentamente, aunque en todos a gran escala» («Paxem in Terris»). Lo que no es razonable es que se pudiera dar a entender —olvidándonos de la triste historia de tantos siglos de conformismo y cooperación al patriarcalismo occidental— que este avance proviniera de la propia religiosidad de los cristianos. Hay que aclarar sinceramente que una cosa es que el primitivo cristianismo lanzara la idea de la igualdad, y otra muy distinta que los cristianos hayan sido quienes la realizasen, pues esto último no es verdad si miramos a la historia.

La ciencia vence, al fin

La psicología y la antropología son las dos ciencias que más han hecho por dignificar a la mujer y desmitificar la falsa idealización que se había hecho de ella, para tenerla hábilmente sometida a un atractivo complejo de inferioridad, del cual sacaba ella ciertas ventajas falsamente compensatorias. En cambio, el mundo religioso, a pesar de tener en sí claramente el germen de superación, lo olvidó y relegó, yendo siempre —a causa de su paralizante conservadurismo— al carro de la cultura patriarcal existente y resistiéndose al cambio. Un discípulo católico —Rudolf Allers— del inteligente psicopedagogo Alfred Adler, seguidor unos años de Freud y después disidente de ese grupo propugnador del psicoanálisis ortodoxo, es quien más ha hecho por el triunfo de la interpretación cultural del carácter femenino. Demasiado fácil y rápidamente —según él— se ha considerado que eran innatos los rasgos del carácter masculino y femenino, cuando sus diferencias podían ser explicadas casi siempre como resultado de las diferencias establecidas por la sociedad en las condiciones de vida de cada sexo» (Louis Jugnet, en Rudolf Allers, ed. du Cèdre). Y él —igual que la antropóloga Margaret Mead o la psicóloga Suzanne Simon— razona así basándose en el mejor conocimiento que hoy tenemos de la antropología histórica. «¿Sexo débil? —dice R. Allers—. Sin embargo, resulta que la mujer resiste mejor que el hombre las enfermedades infecciosas y el contagio, muriendo incluso de mayor edad que el hombre. Entre los niños, la mortalidad masculina es ma-



II El triunfo de la modernidad

Entre nuestros clásicos, sin embargo, notamos una brillante excepción en su concepción del papel de la mujer, que no es, por supuesto, la hogareña de Fray Luis de León, cuya apertura se queda en el tiempo de los proverbios bíblicos anterior a Jesucristo. La excepción es la del liberal benedictino fray Benito Feijoo. Su lucha fue drástica y movida por las mismas razones que hoy tenemos, derivadas de la antropología histórica. Así dice, por ejemplo: «Entre los drusos pueblos de la Palestina son las mujeres las únicas depositarias de las letras, pues casi todas saben leer y escribir, y, en fin, lo poco o mucho que hay de literatura en aquella gente está archivado en los entendimientos de las mujeres y oculto del todo a los hombres, los cuales sólo se dedican a la agricultura, a la guerra y a la negociación. Si en todo el mundo hubiera la misma costumbre, tendrían, sin duda, las mujeres a los hombres por inhábiles para las letras, como hoy juzgan los hombres ser inhábiles las mujeres. Y como aquel juicio sería, sin duda, errado, lo es del mismo modo el que ahora se hace, pues procede sobre

- Yo me bebo una Tónica SCHWEPPEES.

- Chica, pues yo me bebo una Naranja SCHWEPPEES.

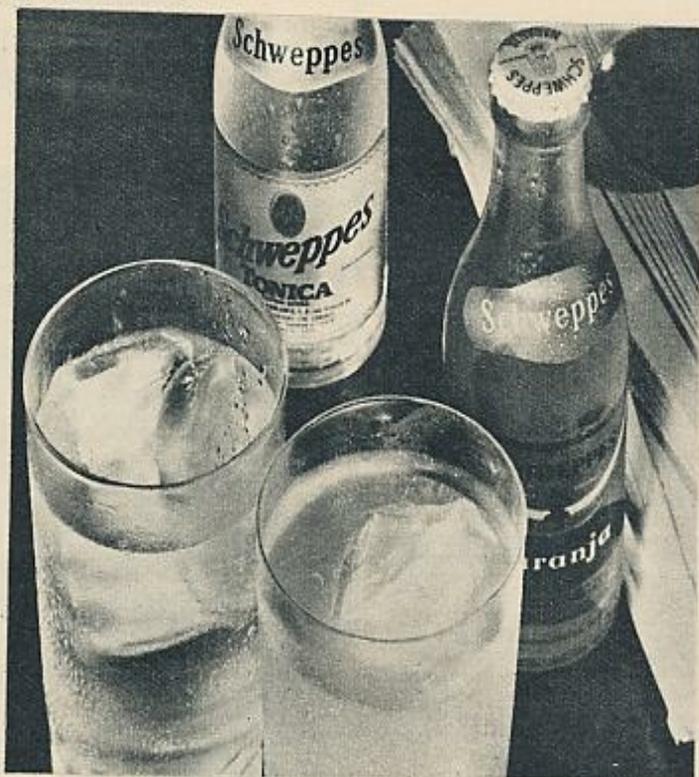
- ¿No prefieres una Tónica SCHWEPPEES?

-Y tu, ¿No prefieres una naranja SCHWEPPEES?

- Yo siempre tomo SCHWEPPEES, naturalmente, pero prefiero Tónica.

Yo también tomo SCHWEPPEES

-¿Y qué si no?-, pero prefiero Naranja.



¿Naranja o Tónica?

la duda está sólo entre SCHWEPPEES... o SCHWEPPEES.

Schweppes

el mito de lo femenino

por que la femenina. En cuanto al dolor, no necesita recibir lecciones la mujer del término medio de los varones, porque soporta las cargas de la maternidad, que son crueles, y, además, se entrega sin medida a las causas a las que se ha dedicado, sean cívicas o religiosas. También habría que revisar un poco los clichés usuales en cuanto a la fuerza física, y se vería que las mujeres pueden ser buenas agricultoras y muy buenos soldados. La historia así nos lo dice cuando habla de las campesinas polacas o los batallones de Amazonas de Dahomey y de China, y habría que añadir ahora también los soldados femeninos de Israel.

Lo que dice la antropología

Margaret Mead, la mejor antropóloga femenina, recuerda que en la tribu de los *tchambuli*, en Guinea, «las mujeres son más decididas y activas que los hombres, alardeando incluso de su fuerza; otras, en cambio, se dedican por igual a las tareas masculinas y a las femeninas». Y entre algunos indios «las mujeres se dedicaban únicamente a actividades masculinas». Y el historiador griego Herodoto cuenta la vida de las Amazonas, que «vivían vida de hombre y despreciaban las labores consideradas como femeninas». Esto revela «la plasticidad de las conductas humanas en hombres y mujeres», como dice Suzanne Simon en *El carácter de las mujeres* (ed. Herder). Antiguamente, sin embargo, se diferenciaban más los hombres de las mujeres por sus tareas familiares y sociales, porque el papel sexual y el social iban aparejados. Sin embargo, ahora ocurre lo contrario, pues «en nuestros días se asiste cada vez más al hecho de que los papeles sociales se separan de los roles sexuales... y la división del trabajo se hace cada vez menos discriminatoria, porque las particularidades individuales privan sobre las grandes categorías de sexo y del papel social atribuido al mismo». La U. R. S. S. es uno de los países donde se ha dado mayor avance en este aspecto: el número de médicos y profesores de sexo femenino supera al número de hombres que ejercen esa profesión, y está a la orden del día la mujer-ingeniero. Lo mismo se diga de las mujeres que son alcalde, cuando —por ejemplo— en nuestro país se pueden contar casi con los dedos de una mano. Hemos de concluir por eso con Suzanne Simon, que «en las limitaciones actuales vemos el efecto de una larga tradición patriarcal». Y esta tradición, desgraciadamente, se supera mucho más rápidamente en las costumbres que en las leyes o instituciones sociales. Todavía en la legislación civil de muchos países —entre ellos el nuestro—, la discriminación en perjuicio de la mujer casada y a favor del marido es una realidad, que queda suavizada muchas veces por la tolerancia de hecho que existe en la aplicación estricta de la letra de la ley.

Un último reducto

La última diferenciación que perdura es la emotiva; porque la intelectual empieza a superarse ya. Todavía tiene, no obstante, la mujer un handicap social fuerte en materia de desarrollo intelectual, porque —como dice el profesor Allers— «el desenvolvimiento intelectual requiere una cierta confianza en sí mismo, pero demasiado frecuentemente hemos visto que la mujer se sentía disminuida en este aspecto por razones sociológicas, aunque ya va hablando —al superar ese clima sociológico— mucho mayor número de mujeres intelectualmente de valor que antes». En lo emotivo se suele decir que la mujer es constitucionalmente más tímida y temerosa que el hombre, por tener una mayor sensibilidad. Pero Allers con razón sospecha que lo contrario debe ser lo verdadero. Es precisamente porque la mujer vive en una sociedad que la mantiene en situación psicológica de inferioridad, por lo que tiene más reacciones negativas de temor, y eso le desarrolla la sensibilidad hasta límites excesivos a veces. La verdad es que hoy estamos asistiendo a un fuerte cambio en la actitud del hombre y de la mujer, y lo que hemos llamado tradicionalmente femenino está sufriendo una transformación. ¿Hacia dónde nos conducirá este cambio?

Hacia el futuro

Sin duda, los papeles femenino y masculino no serán los que hemos conocido hasta ahora; quizá se desarrollen nuevas cualidades femeninas y masculinas distintas de las de ahora y se igualen —ante la civilización del futuro— otras muchas que nos parecían incommovibles. O quizá sean unos y otros intercambiables, y tenga suficiente plasticidad para adaptarse —lo mismo en el hombre que en la mujer— a las condiciones cambiantes de cualquier sociedad del porvenir. Lo que es un hecho es que lo que hemos llamado hasta hace pocos años «lo femenino» era un mito que la sociología, la psicología y la antropología han destronado definitivamente.

El feminismo ya no tiene que coincidir, ni mucho menos, con una «masculinización» de la mujer: estamos abriéndonos a nuevos módulos humanos, en el hombre y en la mujer, que echarán por tierra las infantiles ideas conservadoras que hemos mantenido durante siglos como si fueran palabra definitiva. Y la mujer ya no tendrá —desde ahora—, para superar su complejo de inferioridad, que imitar al hombre servilmente.

Lo definitivo es que la realidad humana —hombre y mujer— es dinámica y no se puede encerrar en los estrechos límites de nuestras ideas, pertenecientes a otras épocas, y esa es una adquisición definitiva de la ciencia actual. ■ ENRIQUE MIRET MAGDALENA.



Recientemente tuvo lugar la colocación de la primera piedra de la fábrica que PERFUMES LEGRAIN construye en San Justo Desvern, a la entrada de Barcelona. He aquí la perspectiva de este soberbio y moderno edificio.

Alfredo García-Valdés, elegido miembro del consejo de administración de la I. A. A.

En la Semana Mundial de la Publicidad, celebrada recientemente en Nueva York por iniciativa de la I. A. A. (Asociación Internacional de Publicidad), se ha procedido a nombrar nuevo consejo de administración. Por primera vez España entra a formar parte del mismo representada por Alfredo García-Valdés, presidente del capítulo de esta Asociación en Madrid.

La I. A. A. es el más importante organismo mundial de publicidad. Entre sus 2.600 miembros se encuentran los más destacados profesionales, pertenecientes a las agencias de publicidad, medios de difusión y anunciantes de todo el mundo.

Alitalia amplía su flota

Alitalia ha decidido adquirir cuatro Douglas DC-10/30 con opción para otros seis. La entrega está prevista para el año 1973.

El Douglas DC-10 es un trireactor para larga distancia. Su versión «30» tiene capacidad para 255 pasajeros: 24 en primera clase y 231 en turista, y tiene una autonomía de 9.600 kilómetros. Mide 55,50 metros de longitud, 49,20 metros de envergadura de alas y pesa 250 toneladas

al despegue. Su velocidad es de 965 kilómetros por hora.

La Douglas, por los primeros cuatro DC-10, facturará a Alitalia unos 68 millones de dólares (4.760 millones de pesetas).

Zanussi absorbe a Zoppas

La F. Zoppas S. p. A. de Conegliano ha entrado a formar parte del grupo Zanussi de Pordenone, cuyos electrodomésticos son fabricados en España por Ibelsa. Con el acuerdo entre las dos sociedades que ocupan puestos de primacía en la industria italiana de electrodomésticos concluye positivamente la búsqueda de una garantía económica, organizativa y de gestión para su común desarrollo. La Zoppas representa, con más de 7.500 empleados y setenta mil millones de liras de facturación, una de las más importantes industrias italianas del sector, por volumen de su facturación y su venta en el mercado nacional y en los mercados europeos y de ultramar. Zanussi, por su parte, ocupa más de 20.000 empleados en sus diversas actividades. Es la empresa más grande de Europa en aparatos electrodomésticos. El grupo Zanussi, con la nueva absorción, adquiere una dimensión que le permite disfrutar de las «economías de escala» en el campo de la investigación, de la producción y de los mercados, acentuando su competitividad en los ámbitos nacional e internacional.



Seat, en el Mercado Común

SEAT acaba de presentar en Bruselas las primeras unidades del modelo 600 fabricados en la Factoría de Barcelona, y que acuden a la capital del Mercado Común a competir con las marcas europeas de automóviles más acreditadas a requerimiento de la propia Fiat, que tenía constancia de una demanda insatisfecha en aquel país. Como se sabe, SEAT fabrica en exclusiva para todo el mundo el popularísimo modelo utilitario, cuya fama, a nivel de la técnica de construcción española, traspasa de hecho nuestras fronteras.